

excesivo, pues, el hablar de servicios policíacos perfectamente organizados y reglamentados por la Iglesia para someter a los indios: desde el principio hasta los últimos estertores de la colonización, y cuya influencia ha sido ampliamente estudiada en tratados eruditos de indigenistas, y sería completamente desplazado tratar de analizarla en este lugar⁹. Apuntaremos sólo un dato nada sorprendente, en verdad, pero muy significativo: el primer libro impreso en América fue para el rezo del Santo Rosario¹⁰. El peso de los libros de religión en el Nuevo Mundo, como no es difícil suponer, será absoluto. Fueron imprescindibles en la creación y desarrollo de los nuevos códigos mentales.

5. Imágenes coloniales

En cuanto a la imagen que los conquistadores solían tener de los indígenas¹¹, baste recordar las observaciones de fray Alonso de Zamora, al sostener que los españoles llamaban «bárbaros» a todos los naturales de América con la misma vanidad que los griegos llamaban bárbaros a otras naciones: porque no hablaban en lengua griega, o, si la hablaban, no la pronunciaban con aquella propiedad que los nacidos y criados en Atenas¹². Esta misma anotación sobre el mundo griego, que sin duda se podía aplicar a la mayoría de las colonizaciones, la hicieron muchos autores de la época; pero muy posteriormente el erudito alemán Jacob Burckhardt dedicó largas meditaciones a profundizar sobre este comportamiento de considerar lo no griego como bárbaro. Tuvieron esta actitud tanto poetas como retóricos helenos, quienes atribuían a los bárbaros, es decir, a todo los pueblos no griegos, junto a otras características evidentemente siempre malas, una especial crueldad, deslealtad y prejuicio; sin percartarse, apunta el historiador, de que ellos mismos, en estas materias, no eran muy distintos¹³.

La realidad es que los métodos de los colonizadores siempre se repiten: despreciar las creencias y hábitos de los colonizados para imponer las costumbres propias, puesto que, sin duda, son las mejores. Los enemigos siempre eran (y son) los bárbaros. Estas idealizaciones históricas que los distintos pueblos han hecho de sí mismos y de los otros, produjeron todo tipo de clichés o, lo que es peor, enfrentamientos pasionales de múltiples resultados¹⁴. Pero dejemos esta importante cuestión y volvamos a las instrucciones que el poder clerical elaboró para los confesores de indios, donde la idealización de «lo nuestro» se manifiesta en grado superlativo¹⁵.

Porque pasa el tiempo y las cosas, en cuanto al adoctrinamiento de los indígenas, siguen como empezaron. Valga mencionar como ejemplo el manual *Confessionario en Lengua Cumanagota, y de otras Naciones de Indios de la Provincia de Cumaná, con unas advertencias previas al Confessionario para los Confesores*, escrito por fray Diego Tapia y publicado en Madrid en 1723, donde las ideas raciales sobre los indígenas se expresan, so capa de santidad evangélica, con el mayor desparpajo. La primera

⁹ Véase Colonización y Cristianismo: Historia popular del tratamiento de los indígenas por los Europeos en todas las colonias, de William Howitt (London, 1838). También La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900, de Antonello Gerbi, México, 1982. Segunda edición en español.

¹⁰ Consúltese El primer libro impreso en América fue para el rezo del Santo Rosario. Consta de 16 hojas, que aunque carece de indicaciones tipográficas, fue estampado en el siglo XVI. Edición facsímil a cargo de don Francisco Vindeí (19 de marzo de 1957).

¹¹ Véase, por ejemplo, de fray Bartolomé de las Casas, «el defensor de los indios» por antonomasia: Brevisísima relación de la destrucción de las Indias, Madrid, 1992, edición del dominico Isacio Pérez Fernández. También del padre Acosta: Historia natural y moral de las Indias, concretamente el lib. I, cap. XXIII, B.A.E.

¹² Autor del s. XVIII, cit. por J. Friede en Los Andakí, México, 1967, pág. 78.

¹³ Burckhardt, J. Historia de la cultura griega, vol. I, cap. IV: «La unidad de la nación griega. Griegos y bárbaros» (2), págs. 399-420 (Barcelona, 1974).

¹⁴ En cuanto a idealizaciones históricas hechas en España y en Europa pueden consultarse mis dos libros España: la selva de los tópicos (Madrid, 1988), y La caverna racial europea (Madrid, 1990).

¹⁵ Al hablar sobre las creencias de «los otros», pa-

rece imprescindible mencionar aquí la excelente Historia general de las cosas de Nueva España, de Fr. Bernardino de Sahagún. Hemos manejado la cuidada edición de Ángel María Garibay K. (México, 1981). Y en cuanto a una idealización retórica de «lo nuestro», puede verse, por poner tan sólo un ejemplo, Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias, de Juan Nuix (1782).

¹⁶ Confessionario en Lengua Cumanagota, y de otras Naciones de Indios de la Provincia de Cumaná... (Madrid, 1723), págs. 1 y 2.

¹⁷ Fray Gregorio García, Origen de los indios del Nuevo Mundo (Madrid, 1729). Consúltese fundamentalmente el libro III. Sobre el mito de las tribus perdidas véase más en la singular obra de Allen Godbey: The lost tribes. También el artículo titulado Tribes, lost ten, de la Jewish Encyclopedia, New York-London, 1901-1906, XII, págs. 249-253.

¹⁸ Entre los numerosos autores que han tratado esta cuestión véase, por ejemplo, El reino milenarista de los franciscanos en el Nuevo Mundo, de John L. Phelan, publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México (1972), y «El problema del origen de los indios», en Quetzalcóatl y Guadalupe, de J. Lafaye, Lib. I, part. II, cap. II (México, 1977), prefacio de Octavio Paz.

¹⁹ Op. cit., pág. 37.

²⁰ Idem, pág. 220.

advertencia de este fraile a los confesores de indios es que han de tener «santa paciencia» con los indígenas y no caer nunca en el desaliento; por el contrario, han de ser perseverantes, puesto que son gentes de «corta capacidad», y más todavía en cuestiones religiosas, donde se muestran «torpes, rudos, agrestes y dejados»¹⁶.

La realidad es que las imágenes que se han forjado de los indios, la mayoría por padres de la Iglesia católica, son despiadadas. Los indígenas aparecen siempre como unos personajes inferiores y mentirosos, cuando no como seres procedentes de una extraviada tribu de judíos que para no sufrir el cautiverio de los asirios pasó a América¹⁷. Muchos vieron en estas ligeras suposiciones, muy difundidas por determinada orden religiosa¹⁸ y por el vulgo de la época, la razón más que evidente de que los indios, igual que los judíos, se caracterizaban por «ser medrosos y decaídos, y muy ceremoniáticos, y agudos y mentirosos»¹⁹. El Padre Acosta, y con él otros autores, refutarían tales hipótesis, basadas en la pura fantasía.

¿Pero qué hacer con los indígenas ante su «cerrazón»? se preguntaban algunos moralistas cristianos. Por de pronto, jamás los confesores debían caer en el desconsuelo y en la temible aflicción de que nada bueno se podía hacer de ellos, y mucho menos pensar erróneamente que su esfuerzo por inculcarles la fe cristiana era vano y no iba a dar resultados. Para demostrar lo contrario, había frailes de fe apasionada que escribían voluminosos tratados con el propósito de que sus hermanos en la fe no cayesen en el desaliento, incitándoles a ser perseverantes, aunque nunca tolerantes con las herejías de los indígenas.

Asimismo, se estimulaba a los frailes para que aprendiesen la lengua o lenguas indígenas que se hablaban en la región donde prestaban sus servicios evangelizadores, pues es bien sabido que la fe «entra por los oídos, envuelta en palabras». Mientras los confesores no aprendan bien la lengua indígena, para inculcarles mejor las creencias cristianas y desechar sus supersticiones, «no tiene que tener esperanza de hacer fruto»²⁰. Este fruto del que habla el fraile tardaría más o menos en madurar, pero no tenía la menor duda de que, con el tiempo, la semilla plantada fructificaría.

Veamos a continuación las preguntas que el confesor debía hacer a los indios y las «cuñas» que era necesario tener preparadas, con el propósito de ir convirtiéndolos «casi sin darse cuenta» a la religión cristiana, gracias a la tenacidad. Como suele ser regla habitual en las confesiones, los sacerdotes y los penitentes se guiaban, al menos como norma para comenzar el interrogatorio, por los diez mandamientos de la Santa Madre Iglesia. Observemos las preguntas conminatorias referidas al primer mandamiento, que para los padres era lógicamente esencial:

—De verdad, ¿amas a Dios nuestro Señor?

—La palabra de Dios, que los Padres enseñan, ¿tú la crees?

—A nuestro enemigo el demonio, ¿lo aborreces?

—Y la palabra que los Piaches* enseñan, ¿la aborreces?

Si el confesor captaba alguna vacilación en el indio, debía tener dispuestos una serie de eslóganes o frases hechas para que su campaña fuera más eficaz, y repetirlos

a los indios cuantas veces fuera necesario con el fin de que los retuviesen en sus mentes, tales como: «engaño del demonio es aquello que los piaches enseñan»; «la palabra del demonio es mentira»; «la palabra que enseñan los piaches, no se le ha de dar oídos, antes bien aborrecerla. Y tú no la creas ni la oigas».

Después de este adiestramiento mental, el confesor tenía que proseguir el interrogatorio del indio y comprobar sus efectos:

—¿Aborreces tú ahora la palabra del demonio y de los piaches?

—¿Crees las palabras de tus sueños?

También se indica que el confesor debía detenerse en esta cuestión, dada la importancia que la palabra «sueños» tenía para los indígenas. Y para combatirla había que remacharles las siguientes afirmaciones: «Aquella palabra de tu sueño es palabra vana: cuando duermes estás fuera de razón, y por eso no es verdad la palabra de tus sueños, y al no ser verdad, no se ha de creer, y así tú no la creas».

Y el sacramento de la penitencia debía continuar:

—¿No creerás otra vez en sueños?²¹

No vamos a insistir, por demasiado obvia, en la reiteración impenitente de los confesores, cuyas actitudes inquisitivas son evidentes. Los resultados obtenidos, a base de perseverancia, son conocidos de todos. Pero dejemos de momento «el fruto» y sigamos con «la simiente». Concretamente nos fijaremos en otro manual para confesores titulado nada menos que *Farol Indiano, y Guía de Curas de Indios. Escrito en Castellano y Lengua Mexicana* por fray Manuel Pérez y publicado en México en 1713. Sin salirnos del primer mandamiento, es decir, «Amarás a Dios sobre todas las cosas», este manual instructor propone estas tres preguntas, con las respectivas aclaraciones que el confesor debía utilizar frente a determinadas «dudas» del indígena:

—¿Has dudado algo de lo que nos manda creer la Santa Madre Iglesia y la Fe?

—Esta duda, ¿la has tenido mucho rato en tu entendimiento, o luego la has echado de ti?

—¿Has creído en sueños, o en canto de las Aves, o en rumor de la lumbre?²²

6. Vicios detestables

Las deshonestidades y los vicios abominables en los que continuamente caían los indios eran, como es fácil suponer, una preocupación constante de los frailes. Esta inquietud se nota en los interrogatorios que tenían preparados al efecto, los cuales intentan dinamitar la mayoría de las viejas costumbres, sobre todo las referentes a la libertad, al sexo y al placer, de estos pueblos indígenas, con el fin de implantar, como ocurre siempre, las normas establecidas por la Santa Madre Iglesia Católica. El desprecio al cuerpo y al placer son memorables: los sacerdotes lo predicaban machaconamente a la mínima ocasión. Tales imposiciones tenían por fuerza que chocar —y de hecho produjeron violencias sin cuento no sólo por parte de los padres como es

²¹ *Ibidem*, págs. 280-284.

²² Confessionario Mexicano. *Primer Mandamiento*. (México, 1713), págs. 176-177. Asimismo, puede consultarse Confessionario breve activo, y passivo, en *Lengua Mexicana, de Marcos de Saavedra* (México, 1746).